

OLAS y la lealtad a Chile

A mi regreso de La Habana, donde concurrí con otros compañeros representando al Comité Nacional Chileno de OLAS a la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, me impuse que durante nuestra ausencia el Presidente de la República había calificado en discurso público a nuestra conducta en ese torneo como "insolente y traidora".

Sin intención de especular políticamente con esas expresiones, y con el solo propósito de recoger ese temerario juicio en lo que tiene de lesivo a mi condición de chileno y de patriota quiero, en breves líneas, precisar lo que yo entiendo por lealtad a Chile, en esta hora, y lo que debe entenderse por traición a sus intereses y a su destino. No quiero, pues, colocarme en el plano de la guerrilla política contingente, sino en el nivel que se merece la gravedad del juicio con que el Primer Mandatario ha pretendido, irresponsablemente, lesionarnos ante nuestros conciudadanos.

Traición significa ruptura de la lealtad debida a una persona o entidad a través de actos que las perjudiquen, realizados en forma oculta y por móviles subalternos o menguados.

No creo que el Presidente de la República haya estimado traicionera nuestra conducta en OLAS, en relación a su persona, su gobierno o al régimen social que él representa o administra. No hay entre él y nosotros, su gobierno y nosotros, ni el sistema social chileno vigente y nosotros, ningún compromiso que haya podido ser violado. Por el contrario, nuestro compromiso derivado de nuestra condición de militantes de fuerzas políticas que tienen precisamente por objetivo la destrucción del actual sistema de convivencia social vigente, compromiso que es público y reiterado, nos obliga a trabajar políticamente en ese sentido.

Sí creo, que lo que el Presidente de la República ha querido decir es que nuestra conducta implica una traición a Chile. Ahora bien, luchar en contra del sistema social o político vigente, no puede significar tampoco traición a la comunidad nacional. De no ser así, los revolucionarios franceses de 1789, serían traidores a Francia; los libertadores de América y de Chile, que el propio presidente venera como Padres de la Patria, habrían sido también traidores a Chile, y todos cuantos han luchado y luchan de una u otra manera por liberar a su país de opresiones externas o internas, serían también traidores. Difícil es creer que el señor Frei, que es un político con formación universitaria, que ha incurrido incluso en el terreno del ensayo sociológico y político, no haya reparado en que es grotesco querer identificar a su per-

sona, su gobierno o el sistema social vigente con Chile, su pueblo y su destino.

Y no sólo no hay en la presencia nuestra en la Conferencia de OLAS y en nuestra activa participación en ella traición alguna a nuestra patria, sino por el contrario, lo que allí dijimos e hicimos y los compromisos que allí contrajimos, constituyen la máxima expresión de lealtad a Chile, representan la más patriótica de las actitudes, y remachan y refuerzan la plena entrega del movimiento popular y revolucionario a la tarea de liberar a Chile y a su pueblo de los obstáculos que impiden su integral desarrollo y engrandecimiento, en el marco de la lucha continental de los latinoamericanos contra el imperialismo que los oprime, y en íntima consonancia y correspondencia con los esfuerzos similares que en todas las latitudes del planeta realizan otros pueblos hacia idénticos y congruentes objetivos y contra el mismo enemigo común.

La lucha antimperialista que se quiere intensificar, racionalizar y profundizar a través de OLAS, no nos coloca a los patriotas chilenos en antagonismo alguno con ningún pueblo de la tierra, sino se confunde en el proceso general por la emancipación del Hombre, que es precisamente lo que le da sentido y valor a la existencia humana, entendida como tránsito combatiente en la tierra por la realización de las infinitas virtualidades que encierra la condición humana.

Y esta emancipación del hombre, no es hoy una quimera. El propio Presidente de la República no puede ignorar que el nivel alcanzado por el desarrollo de la técnica moderna y por las fuerzas productivas en general, hacen posible —si se las aplicara integral y racionalmente a levantar a la humanidad sufriente de la postración en que se encuentra— que en breve tiempo se logran las metas más ambiciosas que ha podido concebir el hombre. Si ello no es así, si la riqueza se convierte en armamentos, se malgasta en objetivos superfluos y se despilfarra en toda suerte de irracionalidades, ello ocurre porque la naturaleza de las relaciones sociales que regulan la convivencia humana impide su más adecuada y racional utilización en beneficio de todos. El hombre ha creado ya, a escala mundial —incluyendo por tanto a Chile—, las condiciones de su liberación de la miseria, del atraso y de su deformación espiritual. Lo que procede ahora es barrer con esas relaciones sociales predominantes en occidente, donde precisamente mayor desarrollo ha alcanzado el poderío técnico y económico del hombre, para promover la instauración de un sistema social que permita destinar a la liberación humana lo que hoy se dedica a mantener por la fuerza un modo de vida inhumano y regresivo.

La fuerza que mantiene, sin embargo, vigente a ese sistema inhumano e irracional, por ende regresivo e indeseable, es la fuerza armada del imperialismo yanqui. La mantiene vigente aquí en América Latina, en África, en Asia, e incluso en la propia Europa, de tal manera y en tal medida que, si por arte de birlibirlique pudiera desaparecer del mundo dicho imperialismo, se derrumbaría como un castillo de naipes todo el llamado "mundo libre" y otra forma de convivencia humana emergería espontáneamente al calor de las luchas de los pueblos y en armonía con el grado de poderío técnico y económico que la humanidad ya ha alcanzado como totalidad y como conjunto.

La lucha antimperialista y antiyanqui, la lucha contra sus aliados y sus agentes en todas partes del mundo, es la máxima tarea del hombre contemporáneo, en todas partes, aquí y en el Vietnam, en Europa y dentro de los propios Estados Unidos. No serán los planes de desarrollo económico que prohija el señor Frei, ni el Mercado Común Latinoamericano, ni la Alianza para el Progreso, ni ningún programa que eluda o ignore el hecho social más brutal y macizo que enfrenta el hombre de hoy —la violencia imperialista sosteniendo un orden social caduco en escala continental y mundial—, los que lleven o conduzcan a Chile o a pueblo alguno del mundo a su liberación definitiva de lo que hoy limita su existencia. Ello sólo se logrará de resultados de la lucha y destrucción total del imperialismo a nivel mundial. Esa es la única perspectiva correcta, científica y real en que hay que colocarse para ubicarse políticamente en el mundo. Todo lo demás, repetimos, incluso los planes tecnocráticos de desarrollo de los países atrasados, aunque se realicen por "vía no capitalista", pero que no se inserten y conciben y realicen en función de la lucha irreductible contra el mayor enemigo de la humanidad, no tienen sentido ni alcance alguno, y devienen por tanto en el mejor de los casos en procesos diversionistas, periféricos, superficiales y frívolos frente a la gran batalla real que ya se está librando en el mundo, por la conquista del futuro, y que en su forma más aguda y real, la forma armada, sostienen ya los heroicos vietnamitas por la libertad de su patria, los negros norteamericanos por su emancipación social y los guerrilleros latinoamericanos en contra de los agentes que el imperialismo tiene en sus respectivos países a cargo de sus gobiernos.

Para los socialistas chilenos, patriotas e internacionalistas, esa es nuestra lucha. Es la forma como entendemos nuestra lealtad a Chile, a su pueblo y a su destino auténtico.

Nos rebelamos como chilenos, cuando advertimos que el imperialismo en la medida que constata el peligro que lo amenaza, quiere uncirnos cada vez más a su carro, por toda clase de medios, sutiles unos, y groseros otros. Nos rebelamos cuando vemos cómo, poco a poco, aquí en América Latina, el imperialismo penetra en nuestras economías, se asocia con el capital nacional para vincularnos a su destino que no es el

CLODOMIRO

ALMEYDA:

respuesta

a Frei.



nuestro, nos "ayuda" en la medida que con ello cree retardar el descontento que nos empeñamos en hacer volver en su contra, se liga con nuestras fuerzas armadas para hacerlas servir sus intereses que no son los nuestros, nos deforma ideológica y espiritualmente para que no alcancemos la conciencia del irreconciliable y trascendente antagonismo que nos opone, y nos va progresivamente comprometiendo con su política a través de un insidioso proceso de deterioro de nuestra independencia y soberanía, que comienza en el momento en que para no perder sus favores dejamos de decir y hacer lo que pensamos y lo que debemos.

Por esta pendiente desciende Chile. Hacia su "portorriqueñización" paulatina, y eso nos duele y nos subleva. Se quiere que dejemos de ser lo que somos, que veñamos el alma, a cambio de un futuro de próspera colonia, que aprovechará en esencia a quien es nuestro enemigo. Los que comparten, promueven o se callan frente a este destino son, a nuestro juicio, traidores. Ellos sí que rompen la lealtad a la patria, de manera oculta, vergonzante e inconfesada, estando dispuestos a sacrificar lo valioso por recibir mendrugos y contar con la complacencia del amo.

Contra esa traición, nos rebelamos quienes estamos representados en OLAS, quienes concurrimos a su Primera Conferencia. Y fuimos allá precisamente para buscar en conjunto como latinoamericanos y bajo el ejemplar liderato de Cuba, la manera de impedir que esa traición contra Chile se siga consumando, para hallar la manera de hacerle frente con éxito y para levantar ahora, como lo hicieran nuestros antepasados en la Guerra de la Independencia, las banderas de la lucha continental y revolucionaria contra nuestro actual opresor y quienes se colocan a su servicio.

No nos imaginábamos que a nuestra vuelta a la patria, alguien pudiera habernos calificado grotescamente de traidores, por ser leales a Chile. Sin embargo, así ha ocurrido. El ladrón detrás del juez.

CLODOMIRO ALMEYDA MEDINA